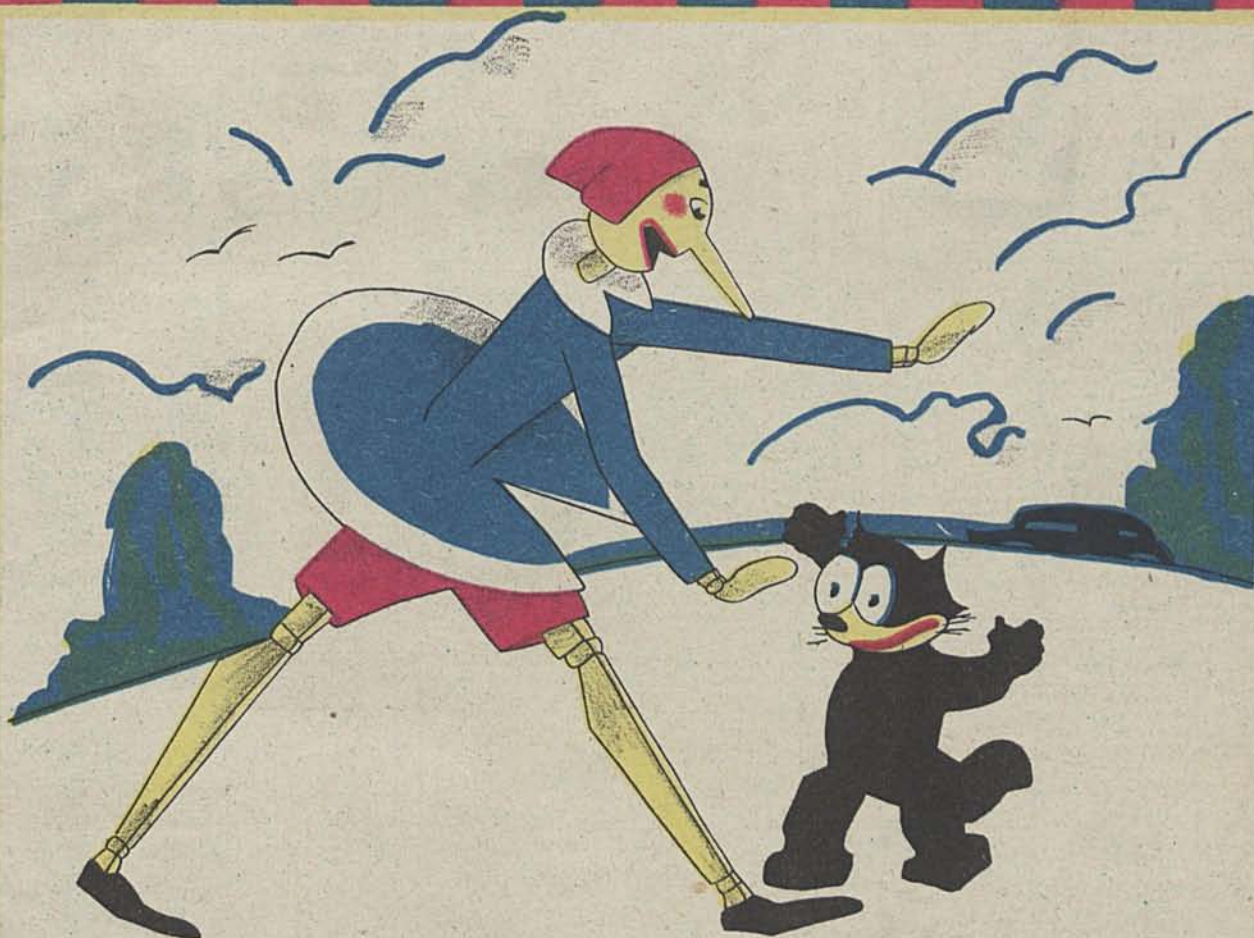


PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 158

25 cts

26 FEBRERO
1928



- MORRONGUIS DE MI ALMA, VEN QUE TE ABRACE; ME HAN DICHO QUE ERES EL PRIMERO DE LA ESCUELA.
- SI
- ¿SABRAS MUCHO?
- NO, PORQUE ES QUE NO HAY MAS ALUMNO QUE YO.

Piñero

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL NIÑO RAPTADO

CUENTO POR EMILIO SALGAR

(Conclusión.)

—No le perdamos de vista, mi amo —respondió el malayo.— Ya se detendrá en algún sitio. Como va herido las fuerzas le faltarán y se verá obligado a pararse.

Pero seguía corriendo, saltando entre las raíces que serpenteaban por el suelo, metiéndose por entre los bejucos, abriéndose fatigosamente paso entre el follaje, y dando la vuelta a los matorrales.

Todos aquellos obstáculos impedíanle marchar de prisa, y además parecía que se iba cansando.

Deteníase con frecuencia, saltaba con menos agilidad y lanzaba rugidos de rabia, despertando los ecos del bosque.

El holandés y el malayo hacía media hora que corrían, cuando se encontraron de pronto ante un curso de agua que parecía muy profundo y en donde veíanse nadar unos cocodrilos llamados gaviales, horribles bestias provistas de mandíbulas grandísimas armadas de dientes larguísimos.

El orangután, con un último impulso, habíase agarrado a las ramas de un mango colosal que se alzaba en la misma orilla del río.

—¿Se detendrá? —preguntó Van Oken preparando el fusil.

—No lo sé —contestó el malayo.— Veo que mide la distancia.

Las ramas del mango inclinábanse sobre el río, tocando con las de un enorme árbol que crecía en la orilla opuesta.

El orangután se había detenido, no atreviéndose a dar el salto.

En aquel momento sus miradas habían descubierto a los dos cazadores, semiocultos entre las anchas hojas de un plátano.

Dió un grito horrible, se golpeó furiosamente el ancho pecho, que resonó como un tambor, y apretando contra su cuerpo al chiquillo, ya desmayado, dió un salto inmenso y fué a caer entre las ramas de un árbol.

Se le vió bajar velozmente por el tronco y desaparecer dentro del bosque.

Durante unos instantes el holandés y Kalima oyeron ruido de rotura de ramas y de hojas, y después nada.

Van Oken había lanzado un desesperado grito:

—¡Oh, mi pobre Alberto!
¡Está perdido!

El malayo no se había preocupado de consolar al padre pues no había perdido su confianza en el éxito final de aquella cacería.

Durante unos instantes recorrió las orillas del río, mirando los feroces gaviales, que jugueteaban entre las plantas acuáticas dándose coletazos, y luego dirigióse a un grupo de bambúes gruesísimos, y echando mano al hacha que llevaba al cinto empezó a derribarlos.

—¿Qué intentas hacer Kalima? —preguntó el holandés.

—Quiero atravesar el río, mi amo —contestó el malayo.

—¿Para qué? Mi hijo está perdido ya.

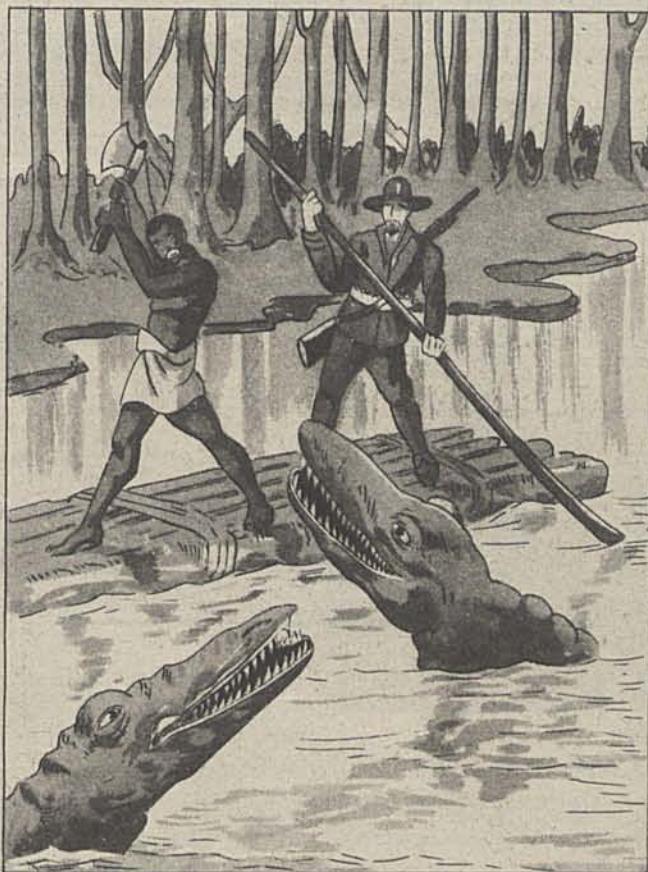
—Yo no le he visto muerto todavía.

—¿Aún esperas?

—Siempre, mi amo.

Había abatido doce o quince bambúes escogidos entre los mayores y más largos, y unas cuantas hazadas de bejucos muy resistentes, que podían sustituir a las cuerdas.

Unió los bambúes, atándolos para obtener una especie de balsa, y lanzó el flotante en el río, diciendo:





—Venga, mi amo; los gaviales no se atreverán a atacarnos.

El holandés, aunque ya había perdido la fe en su compañero, saltó a la balsa.

Atravesaron el río felizmente. Dos gaviales se habían acercado para ver de qué se trataba, con la esperanza quizá de tragarse al malayo o al colono; pero al ser recibidos a hachazos habíanse alejado en seguida, escondiéndose entre las plantas acuáticas.

Desembarcados en la orilla opuesta, en un verdadero caos de plantas de todas clases y raíces, el malayo empezó a observar el terreno, extendiendo cada vez más sus pesquisas.

Después de un cuarto de hora volvió adonde estaba el colono, que, quebrantado por el dolor y el cansancio, se había sentado en una raíz y le dijo:

—Venga, mi amo. He encontrado las huellas. La fiera sigue perdiendo sangre.

Le llevó en medio de un grupo de árboles y le mostró las gotas de sangre aún frescas a pesar del calor intenso que reinaba en el bosque.

—¿Estará cerca el orangután? —preguntó Van Oken que volvía a cobrar esperanzas.

—Silencio, mi amo —murmuró el malayo.

En medio de una plátano habíase oído un ligero ruido. Podía ser producido por algún tapir o alguna babirusa; pero también ser causado por el orangután.

—¿Estará escondido ahí? —preguntó el holandés.

—Lo sospecho así, mi amo —contestó Kalina.— Quizá la pérdida de sangre le ha debilitado hasta el extremo de no permitirle trepar.

—¿Y mi Alberto?

—Estará con el orangután.

Echáronse al suelo y avanzaron hacia los plátanos. La obscuridad en aquel sitio era profunda, porque los árboles, muy espesos, impedían que llegase la luz de la luna.

El malayo iba derecho a un punto, con el fusil apun-

tando, como si tuviese la seguridad de encontrar al terrible mono.

De pronto vió separarse las ramas y aparecer el orangután.

Tenía el pelo erizado, los ojos brillándole cual carbones encendidos y enseñaba sus largos dientes tan duros como el acero.

—¡Mi amo! —gritó el malayo, apuntando.

El orangután viendo el cañón del fusil que le amenazaba, lo cogió ferozmente con los dientes en el preciso momento en que Kalina hacía fuego.

El gigantesco mono cayó con la cabeza horriblemente destrozada sin lanzar siquiera un grito. Al oír el disparo una voz infantil había gritado:

—¡Papá!

El colono, loco de alegría, habíase lanzado al plátano.

Sobre un lecho de hojas yacía el pequeño, con la ropa hecha jirones, el rostro hinchado, las manos ensangrentadas, pero vivo.

—Amito mío —dijo Kalina, alzándolo del suelo y entregándolo al padre—. Dé gracias a Dios de haber conservado la vida. Hasta yo le creía muerto.

El pequeño sólo tenía unas cuantas contusiones y rasguños de poca importancia; pero el susto sufrido había sido tan grande, que en seguida de haber abrazado a su padre empezó a delirar.

Quince días más tarde dejaba la cama completamente restablecido para admirar un regalo que le hacía el valiente Kalina.

El regalo consistía en la piel del orangutan transformada en un espléndido tapiz, único seguramente en su género.



FIN

LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

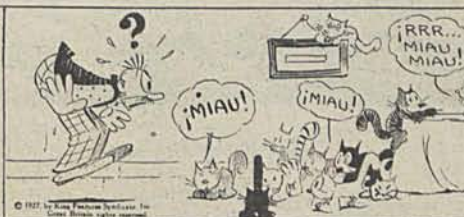
¡TOMA GATITO,
TOMA! ¡BSS
... BSS...
BSSS!

?

¡GATITO
BSS... BSS
... BSSS!

¡GATITO!
BSS... BSS
... BSSS!

¡GATITO,
BSS... BSS
... BSSS!



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



10

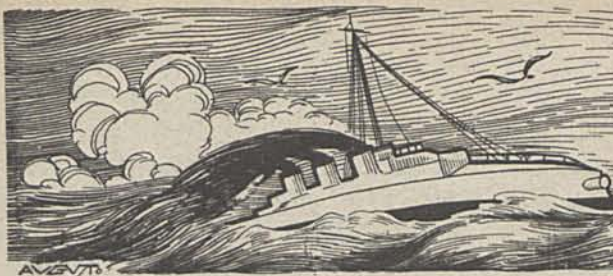
© 1937, by King Features Syndicate, Inc. - Great Britain rights reserved

12-78

11

PAT SULLIVAN

12



EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación)

dentro de la caverna que le servía de habitación, trataba de convencer a Maud Campbell que él era el marido ideal, porque la convertiría, por lo menos, en reina de los *bushrangers* y conquistaría para ella un trono en el que podría sentarse dominadora.

Pero la linda joven no parecía muy convencida ante aquellas razones, y ora suplicando, ora amenazando con matarse ante los propios ojos del bandido, pedía ser conducida junto a su padre, que seguramente debía estar preocupada con su suerte.

Maud había estado siempre alejada de las cuadrillas de los *bushrangers* e ignoraba que su padre y sus amigos habían sido hechos prisioneros al mismo tiempo que ella, y se creía sola y se preocupaba por la desesperación de aquéllos que la querían.

En aquel preciso momento, los gritos del señor Touchet alcanzaron un tono tan elevado, que lograron atravesar la puerta que cerraba la habitación de Sam Pierson.

Maud los oyó y se puso en pie aterrada.

—¡Esa voz!... —balbuceó.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán de bandoleros.

—Señor —suplicó la muchacha temblando— ¿por piedad, dígame qué gritos son esos?

—No se preocupe; es uno de mis prisioneros.

—¿De sus prisioneros?

—¡Sí! ¿Qué diablos!

—¿Pero qué le están haciendo?

—¡Oh! ¡Una cosa bien sencilla!

—¿Qué?

—Le están llevando a la horca.

—La señorita Campbell lanzó un grito, se echó sobre la puerta, la abrió y salió precipitadamente.

Había oído su nombre, había reconocido la voz del pobre señor Touchet, al que quería como a su propio padre.

Sam Pierson lanzóse detrás de ella, blasfemando más que un carretero, y logró agarrarla en medio del camino de la caverna al lugar del suplicio.

Unos cuantos *bushrangers* se habían subido ya a los árboles, hasta llegar a las ramas que formaban horquilla, y otros arrastraban a los tres condenados hasta los nudos corredizos de las riendas.

Maud lo abarcó todo de una sola ojeada, y sobrecogida de angustia dejóse caer de rodillas a los pies del cruel bandido, alzando hacia él una de aquellas miradas que sólo se ven en las Dolorosas de nuestros más célebres pintores.

Cuéntase que un león, desarmado ante la suplicante mirada de una madre, le restituyó su adorada criatura.

Sam Pierson, que aun siendo un miembro de la raza humana, era una bestia feroz, no pudo resistir el poder de aquellos ojos suplicantes; enterneciéndose, y pensando que era una acción caballeresca y meritoria mostrarse generoso con una mujer tan hermosa como Maud, gritó con voz bronca:

—¡Eh, perros bandidos! ¿Qué estáis haciendo? No permito que ante mis propios ojos se lleven a cabo semejantes crímenes. ¡Suspended, en seguida, la ejecución!

Y proferidas estas palabras lanzó hacia la señorita Campbell, que aún seguía de rodillas, una mirada llena de fuego.

La atrevida muchacha respondióle con una sonrisa de agradecimiento, enrojándose, mientras se dejaba coger dócilmente las manos para levantarse.

—¡Infame! —murmuraba al propio tiempo que seguía sonriendo al rudo y tosco jefe de bandoleros—. ¡Infame, te equivocas si crees poder disponer de mí! Sabré defenderme y hasta morir antes que doblegarme a tu voluntad... ¡Pero puesto que es preciso fingir para ganar tiempo, finjamos y que Dios nos proteja a todos!

Durante el monólogo de Maud, Sam Pierson observaba si sus órdenes imperiosas eran ejecutadas, y cuando estuvo convencido de ello, se acercó de nuevo a la muchacha para ofrecerle con ridícula galantería su brazo grueso, musculoso, cubierto de tosco cuero de búfalo.

La señorita Campbell enrojeció de nuevo, y tuvo un estremecimiento que el capitán de bandoleros atribuyó al placer de apoyarse en el brazo de un hombre tan potente y temido.

Los *bushrangers* que estaban presentes prorrumpieron en fuertes risotadas.

Sam Pierson saltó cual si le hubiese picado una vibora, y echando sobre su gente una mirada tan terrible y furibunda que todos se calmaron de improviso, les dijo con solemnidad fría y amenazadora:

—No sabía que tuvieseis la costumbre de emborracharos tan de mañana, pues vuestra actitud es precisamente la de la gente embrutecida por el alcohol. Que no vuelva a suceder nunca más, mientras tenga la honra de ser vuestro capitán. Podría castigaros, pero quiero ser clemente... ¡Ea, abrid paso y presentad las armas a la mujer que llevo del brazo. Ella es la reina de los *bushrangers*! ¡Viva vuestra Soberana!

Y Sam Pierson, mientras toda su tropa obedecía clamorosamente, se quitó su sombrero de fieltro de grandes alas y saludó.

Maud Campbell sonrióse y saludó a su vez, mirando con sus ojos maliciosos al señor Touchet, a sir Baker y al marinero Jones, quienes no sabían si debían llorar o reír ante aquella escena que tanto tenía de farsa.

* * *

Transcurrieron dos días.

Y Sam Pierson enamorado con locura de Maud y engañado ciegamente por la actitud de la valerosa joven, doblegábase ante todos sus caprichos... excepto, como es natural, al de darle la libertad, prodigándole un sinfín de atenciones con el propósito evidente de conquistar su afecto y su estimación.

A petición suya le había cedido los tres prisioneros, dejándola dueña de hacer de ellos lo que le pareciese bien, y le juraba a cada momento que en lo sucesivo no tendría otros deseos ni obedecería a otros propósitos que a los suyos.

Entretanto, para hacerse más agradable de aspecto, empezó a cuidarse un poco de indumentaria, se arregló la barba hasta entonces tan impenetrable como un bosque virgen, y hasta llegó a perfumarse con agua de Colonia, robada en algún saqueo.

En cambio descuidaba el servicio, y dominado por completo por su pasión amorosa, no pensaba en dar órdenes para nuevas expediciones ni en vigilar a sus *bushrangers*, que en la inercia dedicábanse a saquear las provisiones de licores, embriagándose a conciencia.

Sólo una quincena de ellos dejaba de tomar parte en aquellas desastrosas francachelas, no sólo con el objeto de custodiar a los prisioneros, sino muy especialmente para escuchar los relatos de sir Jorge Baker, que eran interesantísimos.

En efecto, sir Baker, penetrando muy hábilmente en la intimidad de sus guardianes, les contaba millares de anécdotas entretenidas relativas a su vida; hablaba a menudo de sus inmensas riquezas, y juraba que si los *bushrangers* que amablemente le hacían compañía a él y a sus amigos quisieran, podría, sin grave daño para su fortuna, regalarles a cada uno veinte mil dólares, que multiplicados por quince formaban la bonita suma de trescientos mil dólares, a los cuales añadiría veinticinco mil para su oficial.

—Bastante más de millón y medio, que pagaría de buena gana...

Y sir Baker suspiraba, moviendo la cabeza.

Estas palabras produjeron su efecto.

Los quince *bushrangers* empezaron a alegrarse de haber perdonado la vida a unos hombres tan importantes y empezaron a hablar de ellos en secreto.

Uno de ellos habló una vez de la vida que llevaban en aquel perro oficio, murmurando de los malos tratos del capitán y de la ignominia de sus compañeros, siempre borrachos, y todos los demás le hicieron eco.

En una palabra: los quince bandidos se pusieron de acuerdo para armar una verdadera y completa conjura de evasión y encargaron a su jefe que se entrevistara en seguida con sir Baker para tratar de las condiciones.

—¿Las condiciones? —dijo el inglés después de haber escuchado la oferta. — Son las siguientes:

—¿Cuáles?

—Nos llevaréis lejos de aquí a mí, a mis dos compañeros y a la señorita Campbell.

—¡Demonio, pues no pide usted mucho!

—Pues esto o nada.

—Veamos. ¿Y no podríamos dejar aquí a la muchacha?

—No, no. Hemos sido hechos prisioneros juntos y escaparemos o moriremos juntos.

—¿Pero cómo arreglarlo? Las mujeres son siempre un estorbo.

—Miss Maud Campbell vale por tres hombres.

—Además... sir, el capitán no se mueve de su lado.

—¿Y por qué os preocupáis tanto de él? Sois quince, y vuestros compañeros están siempre borrachos. Haced con él lo que haríais con una piedra que os estorbase en el camino.

—¿Quitarlo de en medio?

—Eso es.

—¡Diablo! ¿Matar a Sam Pierson!

—¿Os repugna?... Entonces ponédlo en condiciones de poder estar libre de él por algún tiempo.

—Bueno; ya pensaremos en ello. ¿Y después?

—¿Qué?

—¿Dónde queréis que os llevemos?

—Nos conduciréis a San Francisco de California o a Monte Rey.

—Mejor a Monte Rey. Es menos peligroso.

—Como gustéis.

—¿Y la suma prometida?

—Os será entregada.

—¿En Monte Rey?

—Sí.

—¿Veinte mil dólares a cada uno y veinticinco mil para mí?

—Os lo juro por mi honor.

—La suma es muy grande. ¿Cómo os la procuraréis?

—De esto debo preocuparme yo. Estad tranquilos.

El oficial quedóse pensativo un momento, y añadió en seguida:

—Entonces, estamos de acuerdo. Voy a advertir a mis compañeros; pero tened presente que estaré ojo avizor y que si nos engañáis... ¡pobres de vosotros!

—No temáis; sir Jorge Baker no ha faltado nunca a su palabra.

El teniente de bandidos desapareció.

Al anochecer del tercer día de prisión estaba todo preparado para la fuga.

Maud Campbell, avisada secretamente, estaba pronta y redoblaba sus monerías y atenciones hacia Sam Pierson, que estaba encantado y había perdido la cabeza.

La pobre muchacha, reprimiendo un movimiento de horror, llegó a permitirle que besase sus magníficos cabellos de oro; un solo y corto beso, que la hizo estremecer como si la hubiese picado una víbora.

Dieron las diez de la noche.

Los *bushrangers*, esparcidos acá y acullá y envueltos en sus toscos capotes, roncaban entre botellas volcadas y rotas en medio de un insostenible vaho de vinos y licores.

Los centinelas velaban, pero pertenecían al grupo de los quince conjurados.

Todo marchaba a las mil maravillas.

El jefe de los conjurados, junto con cuatro de sus más robustos compañeros, marchó en silencio a la habitación de Sam Pierson.

El capitán de los bandoleros, después de haber visto acostarse vestida a Maud, en una camita baja, estaba a punto de tumbarse en el suelo, encima de un montón de paja, cuando entró su teniente.

—¿Qué pasa? —preguntó Sam, levantándose.

—Capitán, he dado una vuelta por los alrededores.

—¡Muy bien! ¿Qué has notado? ¿Tranquilidad completa?

—No. He notado algo sospechoso.

—¡Explicáte, por todos los demonios!

—Temo un ataque de la policía.

—¿Han descubierto nuestro refugio?

—Es posible. El asalto al tren debe haber dado lugar a muchas conversaciones y producido mucha rabia.

—Es verdad.

—¿Quiere que demos una vuelta juntos?

—Sí.

—¿Lleváis vuestras armas?

—Aquí las tengo, en el cinto.

—Pues entonces, en marcha.

Salieron juntos.

Pero apenas Sam Pierson hubo pasado el umbral de su caverna cuando fué atado de pies y brazos por fuertes cuerdas maniobradas con la insuperable destreza que sólo poseen los gauchos y los cow-boy que tan bien manejan el lazo.

Una mordaza le cerró igualmente la boca, impidiéndole emitir sonido o lamento alguno.

Maud Campbell, que estaba atenta, se puso en pie y salió fuera, encontrándose a los pocos momentos en brazos de su padre.

—A caballo, a caballo sin pérdida de tiempo, —dijo el teniente, después de ordenar que echaran el cuerpo de Sam Pierson en un rincón de la cueva, atado de modo que no pudiese moverse, y de cerrar la puerta—. Es preciso ponernos a salvo antes de que los demás se despierten y se den cuenta de lo acaecido.

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



A LA FERIA ME VOY,
TE LO VENGO A DECIR.
HOY QUE TENGO DINERO
ME VOY A DIVERTIR

ELE, ELE.
ASI SE CANTA



UN DIA ES UN DIA, CURRINCHE HOY
TE LLEVO A LA FERIA Y TE PAGO
LA ENTRADA EN TODAS LAS BA-
RRAGAS.

ESO NO LO CONSIENTO.
PAGAREMOS A MEDIAS. YO
NO TENGO CARACTER
PARA IR DE GORRA.



NO ES EL CARACTER, CURRINCHE
ES LA EDUCACION QUE YO TE HE
DADO. YA SABES QUE DETESTO
LA DINASTIA DE LOS GORRONES.

PUES YO LOS
ABORREZCO HAS
TA MUCHO MÁS
ALLA DE LA
TUMBA FRIA



¿VAMOS A
ENTRAR, CU-
RRINCHE?

BUENO; PERO A
MEDIAS ¿EH?
SI USTED PAGA
LA ENTRADA YO
PAGARE LA
SALIDA

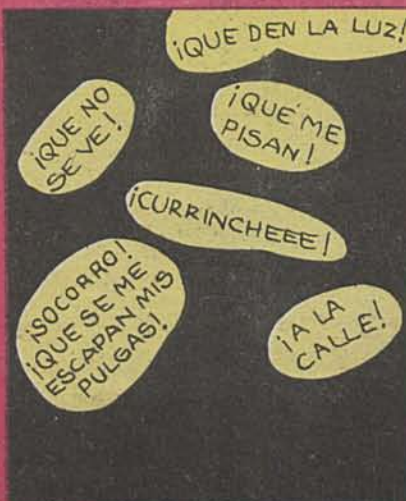
DOS GENERALES

¡VAYA TIO DANDOSE
IMPORTANCIA! HA
DICHLO DOS GENER-
LES Y NOS SOMOS NI
SOLDADOS" RASOS
SIQUIERA



ASI DA GUSTO, Y NO LAS
QUE TENEMOS EN CASA,
QUE SON UNAS SALVA-
JES

A ESA DEL
CARRITO
LA CONOZ-
CO YO



¡QUE DEN LA LUZ!

¡QUE NO
SE VE!

¡QUE ME
PISAN!

¡CURRINCHEEE!

¡SOCORRO!
¡QUE SE ME
ESCAPAN MIS
PULGAS!

¡A LA
CALLE!

SOCÓRRAME DON
TURULATO, QUE
SE HAN ESCAPADO
ESAS DOSCIENTAS
FIERAS Y SE HAN
VENIDO TODAS
AMI.

BUENO, HOMBRE
BUENO. NO TE
APURES QUE
TODO SE ARRE-
GLARÁ



¡PASEN, SEÑORES!
¡PASEN ADELANTE!

¡CURRINCHE
BAILARIN!

¡CAMPEÓN DE RE-
SISTENCIA!
¡LLEVA SIETE
DIAS DANDO SAL-
TOS, Y LO QUETE
RONDARE, MO-
RENA!

ENTRADA 0'25





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



CUENTOS DE CALLEJA

EL HIJO OBEDIENTE

Castillo

En un pueblecito de España vivía un matrimonio que para ser completamente feliz faltábale sólo que el cielo le concediera la dicha de tener un hijo.

Rogaban de continuo a la Virgen que les concediera la dicha tan apetecida, y, por último, a fuerza de ruegos y oraciones, escuchó la Santa Madre de Dios las súplicas del matrimonio y concedióles el favor que pedían.

Pasaban los años; el niño crecía, siempre obediente, buen cristiano, estudioso y amante de sus padres.

Cuando Luis cumplió los diecisiete años, los padres estaban tristes, y la madre, sobre todo, no cesaba de llorar. Preguntaba el joven la causa de tanta tristeza; pero la madre se negaba a satisfacer el natural deseo de su hijo, que no lo hacía por mera curiosidad, sino por compartir con ellos sus penas, como había compartido sus alegrías.

Por fin supo Luis la causa de la aflicción de sus padres: no podían darle carrera porque sus medios no bastaban, y, en cambio, temían dedicarle a un oficio a causa del escaso vigor de su naturaleza.

Penetrado de ello el joven, y sintiendo en su espíritu grandes alientos, se decidió a buscar fuera de su pueblo la fortuna que en él no hubiera logrado. Despidióse una tarde con gran cariño, de sus padres, que le dieron la bendición y le recomendaron procurase hacer bien en cuantas ocasiones se le presentasen, y montó a caballo, lleno de esperanzas al corazón, repleta la alforja y medio vacío el bolsillo.

A los pocos días de camino llegó a un pueblo en el que ocurrían las cosas más raras: las casas eran de poca altura y todas ellas estaban coronadas de gente. De vez en cuando se lanzaba un individuo a la calle, y poco a poco iban desapareciendo todos en igual forma.

Acercóse Luis, atraído por la curiosidad, y vió con gran sorpresa que los hombres que estaban en las azoteas se hallaban en calzoncillos, y que otros hombres estaban en la calle poniendo los pantalones de tal suerte que, al tirarse los primeros desde la altura, vinieran a quedar con los calzones colocados.

Más de uno y más de dos, en vez de caer a plomo, como las circunstancias lo exigían, calculaban mal el salto e iban a dar con las narices en el suelo; y así, sin duda por mucho realizar esta operación, todos los del pueblo eran chatos y tenían la cabeza llena de chichones y descalabraduras.

Rióse mucho Luis del modo peregrino que tenían en aquella tierra de ponerse los pantalones, y no pudo dejar de exclamar:

—Si en mi tierra tuvieran que tirarse del tejado para hacer lo propio, habrían perecido ya todos sus habitantes.

Oyó esto uno de los vecinos de aquel pueblo, y encarándose con Luis le dijo:

—Parece mentira que un joven imberbe se permita criticar un procedimiento que ha costado a nuestros sabios siglo y medio de ensayos, cálculos y más cifras de las que tiene un tratado de Aritmética. En su país de usted deben de dormir muy mal si lo hacen con los calzones puestos.

—Si usted me lo permite —repuso Luis—, le diré que si bien es cierto que este procedimiento es ingenioso, y que muy bien merece las fatigas que ha costado el inventarlo, yo tengo uno, secreto, con el cual se evitarán los chichones y se abreviará el tiempo de la operación.

Condújole el vecino a casa del alcalde y allí se firmó una escritura en virtud de la cual se comprometía el pueblo a abonarle mucho dinero en el caso de que el sistema del joven fuese más práctico que el único conocido en aquel lugar.

En un santiamén se desnudó Luis, y en otro santiamén se volvió a colocar los pantalones, de lo cual quedó todo el pueblo maravillado.

—Abonáronle su dinero, y Luis se marchó contentísimo en busca de nuevas aventuras.

Más adelante, y al lado de un bosque solitario, halló el joven una ermita de aspecto singular. Aprovechó la ocasión para dar gracias a Dios por la protección patente que le otorgaba, y penetró resueltamente en la iglesia. Arrodillóse y rezó con fervor un buen rato, y ya iba a marcharse cuando vió que oscilaba una de las losas sepulcrales, y que, abriéndose un hueco, pasó por él un esqueleto.





El muchacho era valiente y no se inmutó; preguntó cortésmente a aquel resto humano en qué podía serle útil. La urbanidad nunca está demás, aun hablando con esqueletos.

—Si tienes valor, tu fortuna está hecha —exclamó con voz cavernosa el aparecido.

—Si tuviera tanto dinero como valor, no habrías tenido ocasion de verme por estos parajes —contestó Luis.

—Pues baja conmigo —repuso el esqueleto.

El joven no se hizo el remolón, y un minuto más tarde entraba en el sepulcro en compañía de aquel espectro.

Bajaron unas gradas y se encontraron en una especie de galería lo bastante ancha para poder marchar sin encorvarse. Luis dijo a su compañero:

—Espérate que encienda una cerilla, no vayas a darte un coscorrón y te rompas un hueso.

—No hace falta —gruñó el esqueleto.

Y de sus vacías órbitas brotaron dos haces de luz fosforescente.

—¡Hombre! ¿Sabes que me gusta tu sistema de alumbrado? Si todos pudiéramos hacer lo que tú, mal andarían los fabricantes de cerillas.

Por fin llegaron a un cripta en cuyo centro se levantaba un túmulo de piedra y sobre él una estatua yacente representando un caballero armado con todas sus armas. Acercóse a la tumba el esqueleto, y con sólo un dedo levantó la piedra que le cubría, dejando al descubierto un lujoso féretro cubierto de blasones. Volvióse a Luis y le dijo:

—Lee esa lápida.

El joven leyó lo siguiente:

«Aquí yace el excelentísimo, ilustrísimo y serenísimo señor don Francisco, Antonio, Eduardo, Luis, Gerardo, Pascual de Sánchez, de García, de Martínez, de Pérez y de González, duque de Ambas Manchas, marqués de las Cuatro Esquinas, conde de Lameplumas, vizconde del Buñuelo, etcétera, etc.»



—¿Ves quién era cuando vivía entre los hombres? —preguntó el esqueleto. —Pues con tanto título, nombres y excelencias no he tenido un alma caritativa que me rece un padre-nuestro. ¿Quieres hacer esta buena obra?

—¿Y para esto tanto paseo, tanta amenaza y tanto preámbulo? Hubiéra-

lo dicho vuestra excelencia desde que nos vimos y ya tendría un rosario en el alma.

Descubrióse Luis, y arrodillándose junto a la tumba comenzó a rezar por aquella alma tan dominante en la tierra, pero que necesitaba fuera de ella la limosna de una oración. Rezó siete padre-nuestros y otras tantas avemarías, y, ¡oh, maravilla!, a la séptima oración desapareció el esqueleto de su lado, se cerró la tumba y un resplandor de gloria iluminó las lobregueces de la cripta.

Cuando volvió al sitio en que dejara el caballo, encontró que una mano desconocida había aumentado considerablemente su fortuna, pues el animal casi no podía moverse bajo el peso del dinero.

Montó a caballo, y llevaba de marcha algunas horas, cuando al pasar por cerca de las ruinas de un castillo oyó que le llamaban.

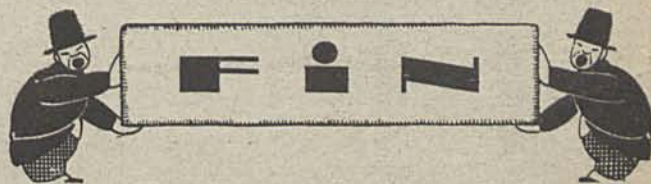
Bajóse del caballo y se dirigió al sitio de donde le pareció habían salido las voces, y, apartando zarzas y chaparros, llegó a descubrir sobre el brocal de un pozo una pequeña caja, que Luis se apresuró a abrir; en el interior había un papel, que tomó y leyó; decía así:

«Tu obediencia merece recompensa mayor. Guarda esa caja y con ella estarás preservado de los accidentes que el dinero no evita.»

Luis volvió a rogar por el alma del marqués, y, guardando la caja, reanudó su viaje, llegando felizmente a su casa, donde fué recibido con la mayor alegría.

Vivió feliz con sus riquezas y aseguró la tranquilidad de sus padres; dió a los pobres cuanto pudo, porque no quiso verse en el caso de que, después de muerto, nadie se acordase de sus buenas obras.

Las riquezas, los honores, todo lo que constituye la vanidad humana, aquí queda; las buenas acciones son las únicas que acompañan al alma en el acto de su comparecencia ante Dios.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Qué te parece, querido buho, esta plana que acabo de escribir?
—En cuanto a letra, me parece magnífica. Creo, no obstante, que si le quitases a las letras esos rabitos tan rizados, estarían mejor. Esas filigranas que tú haces estropean las letras. Procura que el tipo sea claro y nada más. Todas esas raicitas sobran.

Entonces no te ha parecido tan magnífica. Pero, en fin, aprovecharé tu lección que, como todas las tuyas, ha de ser beneficiosa para mí, y vamos a otra cosa. ¿Quieres decirme, cómo y cuando empezaron los hombres a escribir?

—La escritura, amigo Chonón, es casi tan antigua como el hombre. Por procedimientos más o menos rudimentarios siempre ha utilizado la humanidad este práctico modo de comunicarse. Los datos históricos que fijan el origen de la verdadera escritura por medio de signos llamados letras se remontan a la época de los asirios y babilonios.

—¿Hace muchos años?

—Pues unos dos mil quinientos antes del nacimiento de Jesucristo. El procedimiento que seguían para la escritura era muy original. Como entonces no se conocía el papel, utilizaban en su lugar unas tabletas, que ellos mismos hacían con arcilla blanda. Algo así como ladrillos de regular tamaño. Sobre estas tabletas hacían los signos de la escritura valiéndose de cualquier instrumento duro y puntiagudo. Un trocito de concha de almeja, una piedrecita de aguzada punta, restos de ollas rotas, etc., etc., eran las plumas de entonces. Con ellas hacían huella en la arcilla, y una vez escrito todo aquel ingenioso documento pasaba al horno, lo mismo que ahora se hace con las tejas y ladrillos, y allí se endurecía.

—Sería cosa de risa oír cómo un señor preguntaba a su secretario: «¿Has escrito ya esa carta?» Y que éste le respondía: «Sí, señor; está en el horno».

—Ya comprenderás que ese motivo de risa que tú descubres en relación con los medios de que ahora disponemos no existía entonces porque era el único procedimiento conocido. ¡Quién sabe si el día de mañana se reirán de muchos procedimientos que en la actualidad tú consideras como la última palabra del progreso!

—Tienes razón. Sigue y no hagas caso de mi interrupción.

—Cuando la indole del escrito requería mayor cuidado utilizaban como pluma unos punzones de metal, con los que podían hacer letras de finísimos trazos, y éstos los hacían sobre piedra.

—Quieres decirme que había ya calígrafos en esa época, ¿verdad?

Evidentemente. Y aún se conservan documentos históricos procedentes de excavaciones que son verdaderas maravillas del arte de la antigua caligrafía. No tienes más que ver que, a pesar de haber

transcurrido más de cuatro mil años, aún puede leerse lo que se escribió en una columna de roca en Babilonia.

—Si que es asombroso. ¿Es algún bando publicado entonces?

—Es el código del rey Hammurabi. Si este documento hubiese sido escrito por los procedimientos de ahora no quedarían de él ni las huellas. Ya ves cómo no hay motivo para reírse de aquella forma de escribir.

—Nada de risa, querido buho. Ya ves que después de mi rectificación me he puesto extraordinariamente serio. Sigue.

—A la escritura sobre arcilla y sobre piedra sucedió la escritura en papiros, que fué ideada por los egipcios.

—No sé qué cosa es un papiro.

—El papiro es una planta de hoja ancha que crece en las orillas del Nilo. Estas hojas, una vez secas, eran una excelente materia, sobre la que se podía escribir como ahora lo hacemos sobre el papel.

—¿Con tinta?

—Sí; con tinta que hacían con nuez de agallas y sulfato de hierro. Esta composición era también de una persistencia asombrosa, pues aun se guardan en los Museos escrituras y dibujos egipcios en admirable estado de conservación. Las plumas las hacían de caña, cortándolas en forma de pico de gorrión y haciendo un corte en la punta para darle mayor flexibilidad. Al papiro sustituyó el pergamino, que es un cuero muy fino, perfectamente alisado.

—De estos pergaminos he visto yo muchos en algunos misales de las iglesias.

—¿Sabes cuál es la piel de donde se obtiene la mejor clase de pergamino?

—Hombre, yo te diría que la del elefante. Porque me parece que es la más grande y la más resistente.

—No estás en lo cierto, Chonón. Hay un animal mucho más modesto que el elefante y que proporciona con su piel un pergamino inmejorable. Este animal es el burro.

—¡Ja, ja, ja!

—No te rías, porque no hay por qué reírse.

—A mí me hace gracia y no puedo remediar la risa. Bueno, sigue con tu charla y no me hagas caso.

—Del pergamino se ha pasado al papel, y de éste nada he de decirte porque ya lo conoces, y además porque es ya tarde y tenemos que dejar la charla para otro día.

—Me ha hecho gracia lo del borrico. Yo que creía que sólo servían para llevar carga.

—Anda con Dios, y otro día te hablaré de estos animalitos.

—Sí, hombre; será curiosa la charla.



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



Emilio Honrado.—El indio que me envías con el soberbio penacho de plumas ha causado aquí verdadera admiración, verdadero asombro. Excuso decirte que en cuanto le llegue su turno se publicará en mi revista. Abrazos.

Lolita Arenas.—Con todos los preciosos dibujos que me envías podría hacerse una interesante exposición. Dibujas admirablemente bien, simpática Lolita. Además mereces la medalla del Trabajo por tu plausible laboriosidad, Pirula, Laura, Morronguís y Currinche te felicitan y te envían conmigo muchos abrazos.

R. Revilla.—Tu soberbio Bugatti de carreras núm. 5 ha llamado la atención por su elegante línea. Forzosamente tiene que ganar premio donde se presente. Irá a su tiempo a las columnas de mi revista. Tuyo incondicional.

Maria de la Cruz Conde.—Si la feria de Sevilla es tal como tú la retratas en tu soberbio cuadro es cosa de que todos los personajes pinochistas hagamos la maleta el año próximo y nos vayamos a Sevilla. Pero ha de ser a la caseta que tú nos has dedicado. Ha de tener esas banderas, esas colgaduras, esas flores y esos surtidores. Si tiene todo eso, cuenta con nosotros en Sevilla. El dibujo, todo primor y arte, irá a mi revista. ¡Claro que irá! Apretadísimos abrazos.

Rafael Delgado.—No puede ser, no puede ser y no puede ser. Estas tres exclamaciones han salido de los labios de Don Turulato al ver tus tres preciosos trabajos. ¿Por qué? Porque están hechos a lápiz. Hay que hacerlos con tinta. Siempre tuyo.

Andresito Ruiz de la Rosa.—Son tan lindos todos tus dibujos, que no puedo elogiarte éste más que los otros, ni los otros más que éste. Todos son soberbios y todos irán a su tiempo a mi revista. Abrazos.

Aurorita Carrasco.—Yo muestro predilección por todos mis pinochistas por igual; a todos los quiero lo mismo, a todos los distingo y para todos soy el mejor amigo. Como tú eres pinochista, y de las más antiguas, cómo ibas a quedar excluida de mi predilección, de mi cariño, de mi distinción y de mi amistad? Nada de eso, queridísima Aurorita. Yo soy para ti, como para todos, PINOCHO, y con esto queda dicho todo. Lo que pasa es que Pinocho se ve tan negro como Currinche para dar satisfacción a todos sus amigos, que son incontables. E incontables son también sus dibujos y sus impacencias por verlos publicados. Ten paciencia, simpática Aurorita, que todo llegará. Y entretanto no dudes ni tanto así del incommensurable afecto de

Pinocho

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados



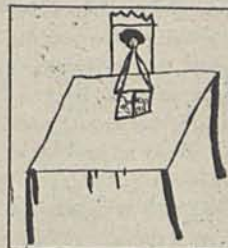
Mi muñeca.
ELENA MATA.



Retrato, por
M. ALVAREZ
DE SOTOMAYOR.



Don Turu-
lato.
MARIANO
MARERU.



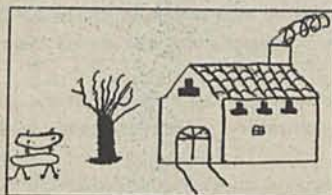
Yo, leyendo el PINOCHO.
EUGENITA PEREIRA.



Rodolfo Valentino.
MIGUEL MOCHÁN.



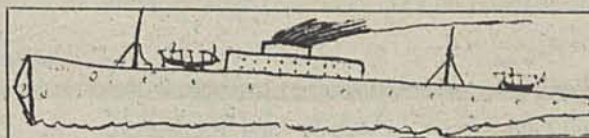
Don «Turu»
F. ALONSO.



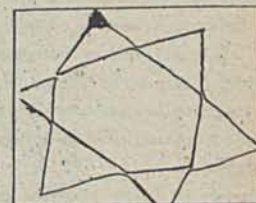
La casita de Pinocho.
N.-N.



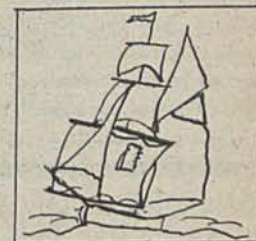
En plena carrera.
CARLOS SOTO.



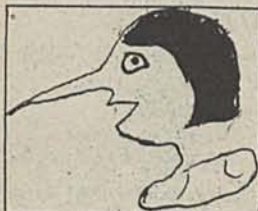
Un trasatlántico.
CASIMIRO G. RENDUELES.



Estrella.
JOSÉ OGANDO.



Un velero.
JAVIER UBEDA.



Pinocho.
ANTONIO PAPADÁ.



Chonón.
JOSÉ MARCOS.



El guardián de mi casa.
PILAR LÓPEZ.



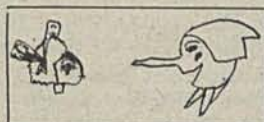
De pesca.
ELENITA CAUL FIELD.



Puente de hierro.
JOSÉ GONZÁLEZ.



Un crucero.
EDUARDO TALEGÓN.



Mis mejores amigos.
AMALIA NIEVES.



La iglesia de mi pueblo.
JOSÉ CASANOVAS.



Haciendo por la vida.
ENRIQUE ALARCÓN.

COLABORACIÓN DE LOS PAPÁS PINOCHISTAS

Queridos hijos María y Antonio:

Ya han pasado las fiestas de la Natividad del Señor. Ya vinieron los Reyes Magos y dejaron los juguetes, desgraciadamente no a todos los niños. Ya todo ha vuelto a su calma habitual. Las vacaciones también pasaron, y supongo habéis reanudado los estudios con el mismo entusiasmo con que los dejasteis la víspera de Nochebuena.

Pronto os abrazaré en unión de vuestra madre.

Os voy a contar cómo he pasado estos días de fiestas. Desde luego, muy triste, por estar alejado de vosotros; claro que esto no volverá a ocurrir, pues me han dicho mis jefes que pronto será destinado definitivamente a ésta, y no volveré a separarme más de vuestro lado.

El día de Reyes me levanté muy temprano, y a pesar del frío que hacía, me eché a la calle a contemplar los balcones y ventanas con sus juguetes.

Excuso deciros lo que me acordaría de vosotros. Me parecía estaros viendo, como otros años, casi sin dormir, con el oído atento, sobresaltados por el menor ruido, creyendo oír las pisadas de los camellos, y las voces de los criados de los Reyes, y el relinchar de los caballos... Y luego, por la mañana, con vuestros camisones blancos, sin esperar a que os vistiesen, correr apresuradamente al balcón. ¡Qué alegría cuando contemplabais las cajas envueltas en sus recios papeles con el nombre de los bazares, y todo cubierto por un poco de escarcha!...

Pensando éstas y otras cosas más, andaba y andaba por las calles, hasta que el frío y la hora avanzada de la mañana me obligaron a entrar en un café a desayunar.

No en todos los balcones había visto juguetes. Me encontré muchas ventanas vacías, y yo bien sabía que dentro dormían niños. Pero no todos serían aplicados; otros, muy desobedientes, y los más, en fin, no tendrían papás, ni tío Antonio, ni abuelitas que escriban a Melchor, a Gaspar ni a Baltasar.

Y ahora que nombre a estos respetables varones, se me ocurre

preguntaros: ¿A que no sabéis cuál era el Rey negro, y cuál era el rubio, y cuál era el que tenía la barba blanca?

Esta pregunta nos la hemos hecho infinidad de veces sin poder contestarnos por carecer de fuentes de información. Pero yo, queridos hijos, he tenido la suerte, pues suerte es conocer algo nuevo, de encontrar un libro que me lo ha dicho.



Melchor era un respetable anciano de barba luenga y blanca. Gaspar era joven, barbilampiño y rubio; y Baltasar era ese rey que tanto os gusta, de manto de brocado azul ribeteado de piel blanca, alto turbante y piel bronceada, con fino bigote negro y sin barba.

Estos Reyes no se sabe exactamente a qué países pertenecían; se sabe, sí, que venían de Oriente, y por su indumento y algún otro dato hay quien asegura que eran persas.

Nada os digo del motivo que les llevó a Belén, pues es de todos harto conocido. Si os diré que estos Reyes más tarde fueron instruidos en la religión de Cristo por el Apóstol Santo Tomás, llegando a ser consagrados Obispos y muriendo mártires en el siglo I de nuestra Era. Sus restos fueron trasladados, en tiempo de Constantino el

Grande, desde Palestina a Constantinopla, y de esta ciudad a Milán. El Emperador Federico Barbarroja regaló los restos de estos Reyes al Obispo de Colonia, en el año 1164, edificando en su honor, en dicha ciudad, un templo, convirtiéndose más tarde, en el año 1248, en la maravillosa catedral que hoy contemplamos, una de las mejores del arte ojival.

He aquí, queridos hijos, lo que hoy, gracias a la galantería de PINOCHO, siempre lleno de inmejorables ideas, os puedo decir desde su Semanario.

Ahora sólo me resta dar las gracias a nuestro querido amigo de madera y deseáros a vosotros y a todos los lectores de PINOCHO toda suerte de venturas en este nuevo año.

CONRADO HERNÁNDEZ RUIZ.

Burgos, 6 de enero de 1928.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Primer premio :** Trinidad de Pablos Cerezo.
- Segundo premio:** Angel Mediero Checa.
- Tercer premio :** Nicolás Fernández.
- Cuarto premio :** Manolita Gimeno.
- Quinto premio :** Ramón Amaynat.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

José M.^a Lombay, Pedro Sabater Díaz, Eugenia Alonso, Petra Losada, Juan Novella, José del Campo, Melchor Alvarado, Jesús Fuentes, Isabelita Ramos, Jorge Esteban, Enrique F. Castro, Jacinto Michelena, Martín Herrero, Laura Herrero, Antonio Estelar, Buenaventura del Hoyo, Isaías Lacy, Luisita Alvarez, Josefina Cuesta, Marcelino Méndez.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE SETIEMBRE FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Dibujos...** { **Primer premio :** Josefina Baschwitz.
- { **Segundo premio:** Juan Bravo.
- Cuentos...** { **Primer premio :** Francisco Polanco.
- { **Segundo premio:** Margarita Fuentes.

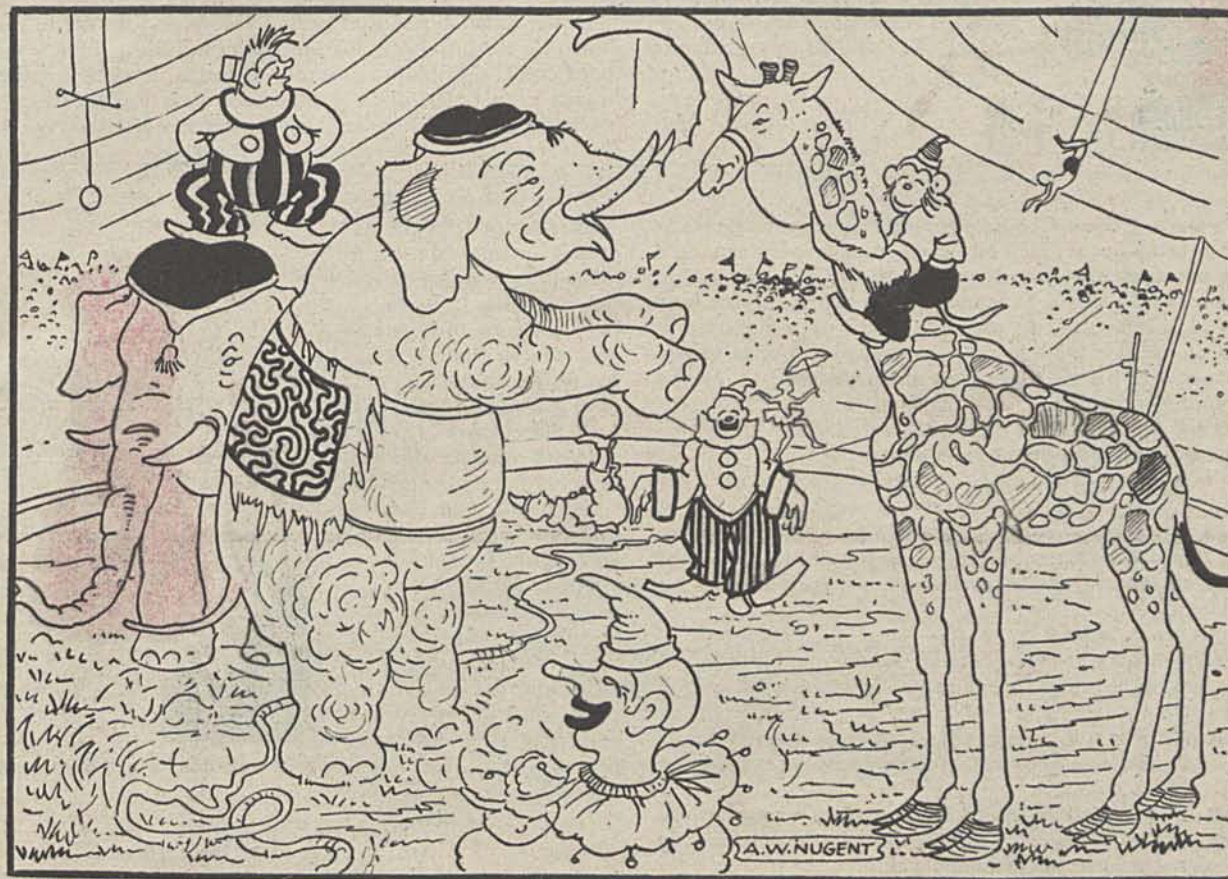
ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Dibujos.—Manolita García, Basilio Ramiro, J. Paredes Puche, Alejandro Giordano, Ramón Jaraquemada, F. Letamendia, Asunción Jiménez, Regino B. Girón, M. Chavarri, Octavio Alvarez, Víctor José Gil, Balbino Fernández, Emilio D. Isasa, M.^a Amelia Neyra, Manuel Nieto Molina, Piluca Montero, M. Almiñana, J. Tenas, Pepito Calderón, José M.^a Piñar, Manuel Alvarez de Sotomayor.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL CERCO



ROMPECABEZAS



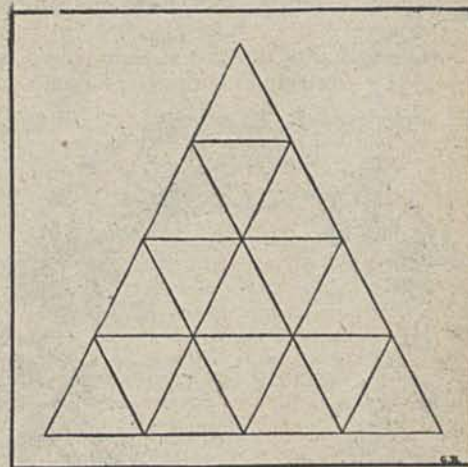
Once animales hay en este dibujo; pero tan mal avenidos, que es preciso separarlos inmediatamente para que no se peleen. Basta trazar cuatro líneas rectas para formar once departamentos.

Entramos en el circo en el momento en que se está representando el número más emocionante del programa. Casi toda la compañía está en la pista. De pronto, el elefante se pone de pie y empieza a trompazos con todos los artistas. Cuatro payasos, que hacían las delicias de los chicos... y de los grandes, han desaparecido. ¿Dónde se hallan?

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 158
DE FEBRERO

Envío del Pinochista D. _____

DIBUJO COMPLICADO



Esta pirámide de triángulos está hecha de un trazo hecho de una vez, sin levantar el lápiz del papel y sin pasar dos veces por el mismo sitio. ¿Sabréis hacerlo vosotros?



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

Pedrin, el mercader, el guerrero, la princesa y las tres avellanas

(FIN.)

Pues ocurrió que la cabeza de Pedrin

cayó al suelo, mientras que la corona de perlas desaparecía volando.

¡Sin piernas, sin brazos y sin cabeza! ¡Qué angustiosa situación para nuestro héroe! Dejémosle un momento entregado a sus tristes pensamientos.

El mercader se hallaba rodeado de su familia, todos muy contentos al verse ricos de nuevo, cuando al sentarse a la mesa para comer, los guantes entraron volando por la ventana y fueron a caer en un plato que, afortunadamente, estaba todavía vacío.

—¡Guantes! —exclamó el mercader enfadado.— ¿Por qué habéis abandonado a vuestro nuevo amo?

—¡Ay! —dijeron los guantes—, nuestro amo ya no tiene brazos.

Entonces, el mercader cogió un montón de oro —se conoce que había cambiado ya sus billetes—, lo fundió, fabricó unos brazos con sus correspondientes manos, a las que puso los guantes y les dijo:

—Id con vuestro amo.

El guerrero, montado en su caballo, se disponía a partir a la guerra, cuando vio llegar a sus espuelas, frunció el ceño y preguntó:

—¡Espuelas! ¿Por qué habéis abandonado a vuestro amo?

—¡Ay! —dijeron las espuelas—, nuestro amo ya no tiene piernas.

Entonces, el guerrero se quitó su magnífica armadura de acero y su espada invencible, las fundió, les dió forma de piernas y pies, les puso las espuelas y dijo:

—Id con vuestro amo.

La princesa se hallaba peinando ante el espejo su cabellera oro cuando vio llegar a su corona de perlas; hizo un mohín de disgusto, con lo cual resultaba aún más bonita, y preguntó severamente:

—¡Corona! ¿Por qué has abandonado a tu nuevo amo?

—¡Ay! —contestó la corona—, mi amo no tiene ya cabeza.

Entonces la princesita se arrancó el corazón; y como era tan tierno, lo modeló fácilmente, dándole forma de cara humana, de una belleza perfecta. Le puso la corona y le dijo: —Ve con tu amo.

La cabeza coronada llegó precisamente en el instante en que el pobre Pedrin empezaba a

preguntarse seriamente si valía la pena de seguir viviendo en la forma en que estaba. En seguida acudieron las piernas con sus espuelas, y al ponerse Pedrin en pie, los brazos acudieron también.

Desde aquel momento Pedrin hubiera podido ser el más dichoso de los hombres: sus piernas eran infatigables, y tan veloces como si hubieran calzado las botas de siete leguas; sus brazos eran invencibles, y en pocos días Pedrin llegó a ser campeón mundial de boxeo, y su rostro era tan bello que todas las damas, y hasta las reinas, se enamoraban de él.

Pero Pedrin era muy desgraciado, porque él estaba enamorado de la princesita a quien él había devuelto la vista. Y la princesita no quería casarse con él; no le amaba; no podía amarle, ni a él ni a nadie, puesto que no tenía corazón.

Hasta que un día Pedrin tuvo una idea genial.

—Puesto que me ha dado su corazón —dijo—, yo le entregaré el mío.

Así lo hizo, y en cuanto la princesa sintió latir en su pecho el corazón de Pedrin, se enamoró perdidamente de él.

Se casaron y fueron muy felices, y Pedrin, ya rey, nombró al mercader ministro de Hacienda, y al guerrero generalísimo de sus ejércitos.



Y colorin, colorao.

¿Verdad que os ha gustado?



PIRULA, BORDADORA Y MODISTA

Una guirnalda y un vestido.—Si esta corona de flores que aquí veis fuera de verdad, yo os aconsejaría que os la pusierais en la cabeza, con la seguridad de que habíais de estar monisimas así adornadas. Pero como se trata de un motivo de labor, lo que os aconsejo es que la copiéis. No encontraréis, seguramente, ningún bordado que, siendo de un efecto decorativo precioso, resulte tan fácil y rápido de realizar como éste.

Se hace en varios colores con algodón brillante «plano», a punto lanzado, combinado con punto de nudo. Resultará muy gracioso en un almohadón, en un sobre para el camisón de dormir, en una bolsa de costura o en el centro de un mantel de diario. Está indicadísimo bordar en el centro unas iniciales.

En cuanto al vestido, es un modelito, aparentemente vulgar y, sin embargo, muy original, gracias a las cintas que lo adornan, colocadas al biés en la falda y en el cuerpo, y ribeteando el escote y las bocamangas.

